

LA DIALÉCTICA DEL TRANVÍA

PASCUAL GARCÍA

Lo que encierra este pequeño libro de tan solo 76 páginas es pura literatura, literatura de la mejor, a la que Rubén Castillo nos tiene acostumbrados desde su primera novela, *Reina María* con la que obtuvo el Premio Gabriel Sijé de novela corta; pues el secreto de nuestro narrador consiste en un dominio extraordinario de la técnica, adquirido en toda una vida de lecturas ejemplares entre las que no han podido faltar Cortázar, Borges o Francisco Umbral, pero también en una espectacular riqueza léxica y en una seguridad y aplomo propios de un escritor más que hecho, maduro y en camino de convertirse muy pronto en un clásico.

Nos hallamos ante una colección de cuentos que posee un claro denominador común: la magia de la literatura, de la imaginación y el juego como constantes en la vida y en los sueños. *Hegel en el tranvía*¹ es la constatación de un perspectivismo implacable que rige no sólo el arte sino la vida en general. Tres personajes, reunidos en ese medio de transporte, nos ofrecen su visión de los demás, una visión que paradójicamente no coincide en absoluto. En la primera parte un viajero sube al tranvía y muy pronto advierte la presencia de una muchacha a la que describe de un modo exuberante: “Rendirse supone, en estos casos, saber que determinadas mujeres no están hechas para uno, y que lo más inteligente es hacerse a un lado”. En cambio, en la segunda parte, titulada de un modo muy significativo “Antítesis”, Susana describe al hombre como “un muchacho, además, bastante atractivo”, al que prácticamente sin proponérselo procura seducir: “la idea de quitarse el abrigo a lo Kim Basinger había funcionado y al tío le habían brillado los ojos”.

Hasta aquí la dialéctica entre un hombre y una mujer que utilizan sus armas para conseguir al otro con la certidumbre de que tal vez no estén a su altura, pero será en la última parte, en la “Síntesis” donde el autor resolverá de un modo ejemplar la incógnita. Aquí, el protagonista es Jorge, un muchacho que se dedica a repartir ejem-

¹ Rubén Castillo, *Hegel en el tranvía*, Tres Fronteras, Murcia, 2008.

plares gratuitos de de un libro escrito por un tal Rubén Castillo entre los viajeros (adviértase el obvio juego metaliterario) y que torna a darnos su punto de vista acerca de los otros dos personajes: “¿Por qué se miraban aquellos dos seres derrotados? ¿Qué buscaban el uno en el otro? ¿Qué veían con sus ojos llenos de fatiga, y de hastío, y de asfalto?”

Pero el autor no deja de sorprendernos en los siguientes relatos; por ejemplo en esa propuesta para construir dos cuentos que él mismo regala al lector: “Dos cuentos para que usted los escriba” pertenece, asimismo, a ese continuo juego entre la realidad y la ficción que con tanto acierto lleva adelante el autor murciano. En el primer caso, seguimos el veloz viaje biográfico de un bebé al que se le ha caído el chupete al suelo y que tras una serie continuada de peripecias, la vida misma, acaba muy pocas páginas más tarde, convertido en un anciano en el interior de un féretro, que de repente advierte la presencia del chupete en el suelo. En la segunda propuesta, el personaje principal consigue programar sus sueños hasta controlarlos casi del todo. En uno de ellos encuentra a la mujer que ha deseado siempre: “¿Por qué no soñaba con la mujer de su vida, con la mujer que lo amase a pesar de su poquedad física y de su timidez?” El idilio se hace efectivo, pues halla a esa mujer y entra en relación con ella, pero un intruso se cuela en el sueño y despierta los celos del protagonista, al que finalmente desafía en un duelo a la antigua usanza. Todo se lleva a cabo de acuerdo con las normas de un modo escrupuloso y, otra vez, la realidad y la ficción se entrecruzan en un final sorprendente: “El forense dictamina que el infarto se produjo el viernes sobre la una de la madrugada”.

En el cuento “Alucinaciones” Rubén Castillo nos introduce en un nuevo malentendido, en el que un niño pretende ver un caballo imaginario ante la preocupación de sus padres, que en apariencia terminan consultando a un amigo psiquiatra. Muy pronto descubriremos que el verdadero enfermo es el padre, pues sólo con un tratamiento farmacológico consigue entrar en el universo de su hijo y constatar la presencia del caballo en el mundo de la fantasía. “La sorpresa” es otra vuelta de tuerca en la concepción argumental de una narración corta. Se nos hace creer que una esposa aburrida con su vida conyugal pretende darle una sorpresa a su marido comprando una ropa interior especial y citándolo en el domicilio conyugal a una hora concreta, pero, en realidad, la sorpresa es que el marido la encontrará en la cama con su monitor de gimnasia y en la última pieza tiene una presencia determinante el sentido del humor, que no ha faltado en todo el libro, pues se trata de un apunte sobre Giacomo Casanova y su particular filosofía de vida, resumida en la última frase del cuento: “Coito, ergo sum”.

Rubén Castillo Gallego ya no tiene que demostrar nada a estas alturas, pues ahí está su obra novelesca, sus ensayos y su larga trayectoria periodística. En todo caso,

esta pequeña y sustanciosa muestra literaria sólo corroborará a los lectores afortunados (no sólo a los que tomen el tranvía que no somos muchos, sino a todos los que tengan acceso a ella, a los cuales animo desde aquí) que el talento, la sensibilidad y la verdad literaria del autor de Murcia no cesa de palpitar en cada nueva entrega, que nosotros, sus lectores agradecidos, aceptamos como un regalo.